

## POESÍA

## Contra el diluvio del olvido

La vigencia de la antología poética de Federico de Onís



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Las antologías poéticas, entre los poetas contemporáneos, no tienen demasiada buena fama. Gran parte de las polémicas de los últimos años ha estado motivada por la aparición de determinadas antologías, siempre parciales, caprichosas y excluyentes a juicio de los poetas no incluidos en ellas y de los críticos que los apoyan.

Pero toda antología implica una selección, y toda selección, un criterio. Si una antología procura no dejar a nadie fuera, no es una antología, sino un centón. Hay, sin embargo, unas más restrictivas que otras. Muy restrictiva fue la primera antología de **Gerardo Diego**, la que estableció el canon de la generación del 27; mucho más abierta, la de **Federico de Onís**, publicada poco después y ahora reeditada en facsímil con un excelente estudio introductorio.

La antología preparada por Federico de Onís ya era famosa años antes de su aparición (se publicó a finales de 1934, pero no comenzó a distribuirse hasta enero de 1935). El antólogo era un prestigioso catedrático de Literatura Española que había ejercido en Oviedo y Salamanca para posteriormente ser contratado por la neoyorquina universidad de Columbia. En ella hizo de anfitrión, entre otros, de

**García Lorca**. Por una carta de éste a su familia sabemos que, en 1929, la antología estaba muy adelantada y que ayudó en su preparación: «he elegido yo con mi criterio las poesías de Salvador Rueda, José Asunción Silva (gran poeta colombiano), Machado, Juan Ramón y otros menores».

El diario de **Juan Guerrero Ruiz**, **Juan Ramón de viva voz**, nos informa de la obsesión de Juan Ramón Jiménez por esa antología y de sus intentos de intervenir en ella. En marzo de 1931, lo visita Guerrero Ruiz para darle cuenta de una carta de **Jorge Guillén** (otro ocasional colaborador, como Lorca) en la que le informa de la estructura del volumen: «Juan Ramón va imaginando qué poetas serán los agrupados en cada una de estas seis secciones en que se divide la obra, y dice que si él pudiera hablar con Onís antes de terminar el libro, en una hora de conversación le orientaría, pues como ha pasado estos años últimos en América, tal vez no conozca bien lo de este tiempo. Onís es muy listo y pronto se pondría al corriente».

No sabemos si Juan Ramón Jiménez tuvo ocasión de darle este cursillo acelerado al catedrático. En cualquier caso, la interpretación que Onís hace de la evolución de la poesía española en el último medio siglo coincide con la del poeta en dos aspectos fundamentales: la interpretación del modernismo como algo

más que una moda o escuela literaria (contrapuesta, por ejemplo, a la generación del 98) y la consideración de que ese gran movimiento (equivalente al Renacimiento) culmina con el propio Juan Ramón, uno de los poetas (el otro es **Rubén Darío**) a los que se les dedica un capítulo independiente.

Esta **Antología de la poesía española e hispanoamericana** tiene un valor histórico indudable. ¿Conserva algún interés para el lector común, para el aficionado a la poesía que no es ni estudiante ni estudioso? Un gran interés, que curiosamente se acrecienta con los poetas menores o menos conocidos.

La selección de Onís abarca 153 poetas (de los cuales sólo siete son mujeres, y eso le bastaba para señalar la eclosión de la poesía femenina como un rasgo de la época: eran otros tiempos), entre los que se incluyen todos los grandes nombres del momento y también otros que ahora ni siquiera hemos oído nombrar.

La introducción al volumen es una pieza básica para el cabal entendimiento del modernismo, y las presentaciones de los poetas mayores (**Rubén Darío**, **Unamuno**, **Antonio Machado**, el propio **Juan Ramón**) demuestran la pericia crítica y el buen conocimiento del tema por parte del antólogo. Pero hay también una parte más descacharrada y novelera. De **Pablo Neruda**, que entonces vivía en Madrid



Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)

FEDERICO DE ONÍS  
PRÓLOGO DE ALFONSO GARCÍA MORALES.  
RENACIMIENTO. SEVILLA, 2012.

Un libro como éste tiene algo de inagotable caja de sorpresas y de arca de Noé, y permite salvar a poetas que no habrían sobrevivido de otra manera

y capitaneaba la ofensiva contra Juan Ramón, escribe: «Dejó los estudios que seguía en su ciudad natal por afán de viajar, y logró su deseo de vivir en países lejanos, yendo a China como cónsul. Después ha estado, según creo,

## LECTURAS

## Piso 13

Elevator, la primera novela de Manolo Abad

JORGE ALONSO

No me gustan los ascensores. Cada vez que llego a mi destino se me atraganta la angustia de pensar que, esta vez sí, la puerta no se va a abrir, y entonces tendré que tocar ese timbre de emergencia que tan poca confianza me inspira, o el interfono que me comunica, dicen, con mantenimiento, o probar a usar mi teléfono, o golpear desesperado la puerta, arañar las paredes, desgañitarme mientras me cuezo en miedo y asfixia... no me gustan nada. Desgraciadamente las escaleras me gustan menos aún y siempre me la juego.

En **Elevator** la puerta se abre, y casi sería mejor para su protagonista que no lo hiciera. Esta primera novela de **Manolo D. Abad** nos enfrenta a lo que bien podrían ser lúbricas fantasías que se vuelven pesadillas de trago largo y poso rancio. Por ejemplo, no pocos de los tipos que recorremos el mundo hemos fantaseado en alguna ocasión con una desconocida que aparece en la mesa del bar dispuesta a llevarnos al séptimo cielo. Alguno más osado ha añadido a la bella desconocida un par de amigos.

Tampoco les será ajeno a los aficionados al género negro, en cualquiera de sus vertientes, la partida de póquer en la que maneja la soltura. Una de esas partidas para gente de mundo, con barras surtidas, cantares varios y humo en abundancia. Incluso las peleas de bar le resultan familiares a nuestro imaginario, sillas que vuelan,

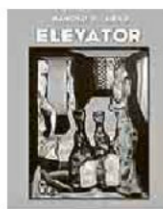
dientes que se tambalean y huesos que muestran su fragilidad.

Ni siquiera los bares de siempre, lugar sacrosanto en peligro de extinción, donde llegar sin usar artilugio alguno y saber que es cuestión de esperar, sentarse, pedir y dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir, se libran de la metamorfosis.

Porque todo ello, y alguna cosa más que prefiero no contar, se pervierte en la novela, se retuerce hasta enseñar su reverso tenebroso, su perfil más angustioso. El más bello de los cuerpos no esconde sino un saco de vísceras húmedas, así se nos muestran esos posibles objetos del deseo.

Y sin embargo no es eso lo más inquietante. Lo más inquietante de todo lo que le ocurre a Nico (el protagonista), y es mucho, no es tener que enfrentarse a pruebas cada vez más desquiciadas; lo peor es que atraviesa, a golpes de prosa directa, un pasillo flanqueado de puertas que llevan a estancias aterradoras para finalmente enfrentarse al verdadero horror. La vida que llevas ¿merece la pena ser vivida?

Las escaleras ya no parecen tan mala opción.



Elevator  
MANOLO D. ABAD  
TURBULENCIAS, 2012  
74 PÁGINAS

Con llingua propia

## Retratu de la emigración

De La Habana, Nueva York y México a Gijón, cachinos de la vida del emigrante Sixto Fernández



ANTÓN GARCÍA

Los cientos de miles d'asturianos qu'emigraron ente 1850 y 1936 dexaron dalgunos testimonios escritos que tal vez tengan nes memories aventureres y egocéntricos d'Alfonso Camín el so cumal literariu. Sicasí, lo más de lo que llega hasta nós son recreaciones señalldioses de l'aldea perdida que se dexó atrás. Mui poco hai escrito sobre cómo se financiaba l'aventura americana, sobre les condiciones del viaxe, sobre les penuries d'emigrante probe en mediu d'una sociedá puralmente mercantilista... Aínda menos vamos alcontrar un llibru como'l «Viaxe ao país dos ananos», nel que **Celso Emilio Ferreiro** alza la voz contra la miseria moral de los emigrantes gallegos qu'alcontró en Venezuela cuando buscaba una Galicia ideal.

Nestos últimos años van llegando a nós testimonios non lliterarios, pero sí escritos y contemporáneos, del gran fluxu migratoriu, que nos permiten conocer la realidá d'esa peripecia, a veces triste y dolorosa, pero siempre mui humana. **Alfonso López Alfonso**, cola atención y el procuru que lu caractericen, ye'l responsable de la edición y del prólogu d'esti llibru, **De La Habana, Nueva York y México a Gijón. Cartas del emigrante Sixto Fernández a su hermana Florentina (1913-1932)**. Publíquense nél les 81 cartes que'l Muséu del Pueblu d'Asturies guarda de la correspondencia que mantuvieron a lo llargo d'esos años estos dos hermanos,

Doscientos años de la publicación de un clásico

## Orgullo y prejuicio: el camino de la novela

La obra de **Jane Austen** pasó desapercibida en pleno romanticismo y el reconocimiento le llegó tras la muerte de la autora



IGNACIO GRACIA NORIEGA

Grandes novelas inglesas fueron escritas en parroquias rurales por las hijas de sus rectores en la primera mitad del siglo XIX. Estas muchachas pálidas y por lo general tuberculosas estaban agraciadas por una capacidad de observación, y sobre todo de intuición, excepcional. No compararemos la triste vida de las tres hermanas de Yorkshire con la de **Jane Austen**, séptima de los ocho hijos del párroco de Stevenson, que vivió en un ambiente familiar distinto, educada por su padre y empezó a escribir para entretenimiento de su familia. De esto se deduce que la familia aprobaba sus aficiones literarias, normalmente consideradas con suspicacia en las casas de orden, y más si se trataba de una señorita que vivía en el campo. Aquí es preciso destacar la enorme importancia que vivió en el campo tuvo para Jane Austen tanto como para las hermanas Brontë. El campo de **Cumbres borrascosas** es desolado y trágico; la estancia de **Jane Eyre** en Gateshead Hall es provisional y está, por lo tanto, supeditada a la arbitrariedad y a la inquietud. Las Brontë buscaron un resquicio para salir de su enfermiza rutina por el trabajo fuera de casa o por la fantasía: por lo que Charlotte y Ann escribieron sobre institutrices y Emily una de las mayores novelas sobre la pasión amorosa incontrolada que se ha escrito nunca. En cambio, Jane Austen escribe en **Orgullo y prejuicio** sobre jovencitas casenteras. Ésta es una de las explicaciones de por qué las Brontë son románticas y Austen realista. Emily Brontë no pudo sacar a Catherine y a Heathcliff sino de su imaginación y de sus anhelos. En cambio, Elizabeth Bennet, alegre, inteligente, desenvuelta, con personalidad, era un personaje más asequible a la percepción de Jane Austen, que vivía en un mundo de mujeres solteras (sus hermanas, sus vecinas y amigas o enemigas), entre las que el futuro marido era pieza muy estimada de caza mayor. Todo lo contrario que las Brontë, capaces de crear personajes turbulentos y misteriosos como Heathcliff o poderosos y que fascinan a la joven y asombrada Jane Eyre como sir Edward Rochester. Darcy, en **Orgullo y prejuicio**, se perfila como un carácter superior al de Bingley: es joven, guapo, irónico, mordaz y rico. Un buen partido, en una palabra, a pesar de su sarcasmo y de personalidad displicente. La situación de la bolsa y de la hacienda es de lo primero que anota Austen al hacer la presentación de sus personajes.

Aquí se calculan las rentas como en las novelas románticas se producen los enamoramientos sin remedio y a primera vista. Mary Ward de Huntington cuenta «tan sólo con 7.000 libras» en «Mansfield Park», el señor Morland, en «La abadía de Northanger», es clérigo y persona ordenada, con una pequeña fortuna que le permite vivir desahogadamente; Bingley, el nuevo vecino de los Bennet, es un buen partido pero su amigo Darcy tiene una renta de diez mil libras anuales: actúan en su contra su orgullo y su mordacidad, pero no son obstáculos insalvables. La situación de los Bennet, por el contrario, no es boyante: hay una renta de dos mil libras anuales y cinco hijas por casar. Se comprende que la gran preocupación de la señora Bennet sea casarlas y sus esparcimientos ir de visita a las casas de los vecinos y enterarse de las noticias locales. El establecimiento de un regimiento en Meryton da un poco de variedad a la rutinaria vida provinciana y a la vista de los soldados, la fortuna del señor Bingley no valía nada en comparación con el

uniforme de un abanderado. El soldado compite en condiciones de superioridad con el rentista y un coronel joven con cinco o seis libras anuales de renta podía ser el ideal perfecto.

Nada hay en **Orgullo y prejuicio** que se salte la norma, ni siquiera la norma moral. Porque Austen contempla aquel mundo con ironía pero con aceptación. No se encuentra en sus páginas una sola nota romántica. La novela comienza con un diálogo entre el señor y la señora Bennet a propósito de un recién llegado, el señor Bingley, que se acaba de establecer en el parque de Netherfield. La señora Bennet, experimentado perro de caza, olfatea la presa; a cualquiera de las hijas le corresponde cobrarla.

No hay sentimentalismo ni romanticismo en Jane Austen, pese a que **Orgullo y prejuicio** fue publicada en plena explosión romántica. Mas Austen pertenece como novelista al siglo anterior, que es el del arranque de la novela en Inglaterra; y los dos caminos abiertos por Samuel Richardson con sus novelas sentimentales y Henry Fielding, con sus novelas episódicas, de personajes y acontecimientos, abren las puertas a la narrativa del siglo siguiente, mas la extravagancia de **Tristram Shandy**, de Sterne, por la que algunos críticos creen que se llega hasta Joyce. Jane Austen, evidentemente, procede de Richardson, pero al escribir sus novelas renunció a los excesos sentimentales y a la prolifera características del camino que había tomado. Sus primeras novelas largas, **Sentido y sensibilidad** y **Orgullo y prejuicio** fueron escritas en el siglo XVIII, sin contaminación romántica. Son novelas decimonónicas e incluso epistolares como **Pamela** de Richardson y como sus primeras novelas cortas (**Las tres hermanas**, **Amor y amistad**, **El castillo de Lesley**, la inacabada **Lady Susan**). **Sentido y sensibilidad** fue escrita en 1792 y rehecha en 1797-98, suprimiendo ahora la narración epistolar. **Orgullo y prejuicio**, cuya primera redacción se titulaba **First Impressions**, se escribe por esta época aunque no se publica hasta 1813, en vísperas de Waterloo casi. Aunque Austen supera a los novelistas dieciochescos como Richardson y Smollett, **Orgullo y prejuicio** pertenece a una época anterior a la que fue publicada. No es de extrañar que siendo una novela dieciochesca haya pasado inadvertida en pleno romanticismo y no haya vuelto a ser apreciada hasta treinta años después de la muerte de la autora, constituyendo, según Henry James, «el ejemplo más bonito de esa rectificación del aprecio causada por una lenta desaparición de la estupidez». Es natural que una novela realista (y nada sentimental) sea reconocida cuando la marejada romántica ha retrocedido ya lo suficiente.

En **Orgullo y prejuicio** hay observación y madurez. La vida provinciana es aburrida y monótona, por lo que las visitas y el cotilleo son tablas de salvación efímera. Un resfriado es el pretexto para una visita deseada, un baile asunto de comentarios durante semanas. Jane Austen transcribe esta vida con pulso imperturbable y mirada irónica. «Percibe el mundo a través de un conocimiento de sus contradicciones, paradojas y anomalías», observa Lionel Trilling; y lo hace con sorprendente intuición: «nació, no fue fabricada», acota Chesterton. Tenía un conocimiento muy completo del mundo (como años después lo tendría Charlotte Brontë) sin apenas haber salido a él. Escribió lo que no había vivido pero sí lo que vio: por lo que su mundo literario es reducido y complejo; como escribe Edward Morgan Forster, «para ella los accidentes del nacimiento y del parentesco eran lo más importante de la vida y esta fe la utilizó como fundamento de sus grandes novelas».

en el Brasil. No tiene interés por Europa». Qué curioso resulta ese «según creo» en materia de la que sería tan fácil informarse (y de la que Juan Guerrero Ruiz, que corrigió las pruebas y ayudó a preparar el libro, estaba tan bien informado).

Las semblanzas de las docenas y docenas de poetas menores, bastante ajenas a la crítica académica, conforman una especie de novela con muchos personajes y anticipan a César González Ruano y su atrabiliaria, pero utilísima y amena, antología. Así, la desconocida poeta mexicana María Enriqueta es «muy señora y mujer de su casa». Delmira Agustini, por su parte, era «rubia y hermosa» y «se casó con un hombre corriente, al parecer sano y normal, para separarse a los pocos días». Alvaro Fernández Vasseur «no se hizo querer de sus paisanos, y aun después de una larga obra, goza entre ellos de escasa reputación, y ésta más bien mala que buena». De Alfonsina Storni nos dice: «Según Gabriela Mistral, tiene algo de infantil, destemido por su conversación —cantadora— de mujer madura».

Dos antologías hay en esta antología: una en la que está, bien seleccionado y bien comentado, con adecuada bibliografía, lo mejor de la poesía de finales del XIX y el primer tercio del siglo XX; otra, en la que abundan el material de acarreo, la nota pintoresca, la arbitrariedad selectiva y crítica. La primera parte es la que más admiramos, la que ha dejado su impronta para siempre en los manuales; la segunda, la que más nos divierte. Sin olvidar que, entre los más de mil poemas de la antología, junto a los bien conocidos y releídos, hay muchos otros desconocidos y memorables.

Una antología como ésta tiene algo de inagotable caja de sorpresas y de arca de Noé, permite salvar del diluvio del olvido a poetas que no habrían sobrevivido de otra manera. No es su único mérito, pero sí quizá el que más agradece el curioso lector.



De La Habana, Nueva York y México a Gijón. Cartas del emigrante Sixto Fernández a su hermana Florentina (1913-1932)

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE ALFONSO LÓPEZ ALFONSO  
Xixón, Muséu del Pueblu d'Asturies, 2012

y que permite comprobar alguna premisa sobre la que se mueven ahora los estudios de la emigración: que el efecto llamada de los que taben n'América pesaba más nel ánimo del que se disponía a marchar que la miseria económica de la propia Asturias. También dexa ver la curiosa circunstancia de qu'una gran mayoría d'homes emigraba a Cuba (frente a les mujeres, qu'emigraben menos y preferien l'Arxentina), moviéndose depués a Méxicu o los Estaos Xuníos.

Nada más sabemos de Sixto o de Florentina que lo que se publica nestes cartes, cachinos de vida que nos permiten reconstruir una peripecia vital d'un entusiasta llector qu'empieza pa nós cuando va embarcar na Coruña y termina de sópitu, nun final abiertu, yá asentáu en Nueva York sintiendo les consecuencias de la crisis económica de 1929. Contao a retayos con humor y amor, nun falten escenes lliteraries a la manera d'Arniches, bastantes apuntes (y dalguna carta entera) n'asturianu y munches referencies a la vida social (llectures, pero también espectáculos como'l del fútbol, sobre'l que diz escribir na prensa) de quien se nos presenta como cronista de sí mesmu: «Todo lo que sabemos de él lo escribió él mismo y está en este libro», diz la solapa del libru. Faciendo'l dibuxu de sí mesmu Sixto Fernández consigue retratar meyor que naide una parte de la emigración asturiana del so tiempu.